

REVISTA CLIO

OCTUBRE - NOVIEMBRE DE 1937

Publicación del Centro de Estudiantes de Historia y Geografía
del Instituto Pedagógico.

El XLVII Aniversario del Instituto Pedagógico

Discurso de don Luis Galdames, Decano de la Facultad de Filosofía y Educación, en la velada conmemorativa del 11 de Agosto de 1936.

I

Señoritas y jóvenes:

Me habéis pedido que os hable, en esta hora que es para vosotros de regocijo y de recuerdo. Al corresponder a vuestras instancias y participar de esta manera en vuestros ágapes conmemorativos, me proporcionais una gran satisfacción. Yo amo esta casa, la amo con filial espíritu, porque en ella pasé los mejores años de mi juventud, porque en ella aprendí a considerar el magisterio como una de las profesiones más dignas y porque en ella soñé con un Chile más próspero, bajo la iluminación de su cultura. Pudo no ser más que un sueño; pero ¿quién desconoce que el soñar consume una buena porción de la vida?

Las salas, los corredores, las escaleras y los pasillos de esta casa me son familiares; cada vez que los recorro siento una impresión indefinible; me veo

muchacho, en medio de la algarabía de los camaradas, abrumado algunas veces por las exigencias del estudio, pero siempre de buen humor, hasta para soportar reconvenções severas. En común los compañeros pensamos, bajo ráfagas de duda, que será de nosotros más tarde; y en cada frente se dibuja como un signo de interrogación. Algún día emprenderemos la marcha que nos espera; nadie está seguro del éxito; pero en cada uno hay ánimo y fé. Empezamos a darnos cuenta de lo que el magisterio significa; identificamos con él la suerte de la patria; y nos sentimos capaces de sostener la lucha por el acrecentamiento de su patrimonio cultural.

Desde entonces, todo el período de una generación ha pasado; sobre nuestras cabezas ha llovido un poco de ceniza; algunos pelotones de barro nos han tirado al rostro en el camino; pero nada nos ha hecho retroceder, porque el espíritu de esta casa sigue vibrando en cada uno de sus hijos; y confiamos en que no decaiga jamás. Hemos luchado, queremos decir; porque en el fondo aquí nos adiestramos para eso; y la lu-

cha es estimuladora, no sólo por sus triunfos, sino por sus reveses y experiencias.

II

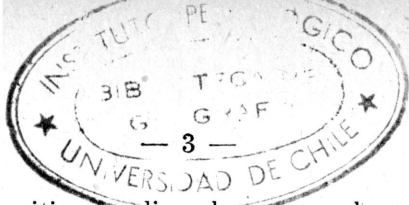
El Instituto Pedagógico ha cumplido cuarenta y siete años de activa labor. Ningún colegio ha ejercido, durante ese tiempo una influencia más considerable en la cultura del país. Dos millares de jóvenes y niñas han adquirido en él su preparación docente y poco a poco han ocupado los sitios que les reservaban la enseñanza pública y la enseñanza particular. A medida de la edad y de los merecimientos, los cargos directivos les fueron confiados también; y en tal proporción que no hay ya un sólo Liceo de Chile que no tenga a su frente un profesional salido de estas aulas.

El prestigio del Instituto ha irradiado más allá de las fronteras nacionales y su acción se ha extendido a varias repúblicas hermanas. De ellas han venido a frecuentar sus cursos numerosos jóvenes que, vueltos a su patria, han llegado a ser factores importantes de progreso cívico y educacional. A la vez, profesores chilenos han prestado en el exterior servicios que les honran y que han permitido apreciar el valor de nuestras instituciones docentes. En Bolivia, en Ecuador, en Centro América, los nombres de Luis Silva, Leonidas Banderas, Zacarías Salinas y otros más, ocupan lugares preferidos en la historia de sus esfuerzos culturales. Bien sabemos que ahora mismo hay en Venezuela una lucida misión educacional de nuestros compatriotas.

La renovación completa de la enseñanza secundaria nacional, en su con-

tenido, en sus métodos, en su disciplina y en su espíritu, es obra empezada en la última década del siglo pasado y puede darse ya por concluída en la etapa que se propuso recorrer. Toda ella, o poco menos, ha sido ejecutada por profesores de Estado. La renovación didáctica, que paralelamente le ha seguido, a ellos mismos pertenece también. No hay ya ninguna asignatura en que los manuales de estudio no lleven firmas de maestros chilenos. Adaptados al ambiente propio y conformes a las indicaciones pedagógicas más experimentadas, esos libros representan un aporte muy digno de estimación en el modesto catálogo de nuestra literatura científica.

No habrían tenido de seguro estas aulas la significación y la influencia que han logrado adquirir, sin el concurso sabio y persistente de los maestros alemanes, iniciadores de su actividad. Ellos han educado al magisterio de Chile no sólo con sus lecciones sino con el ejemplo de una consagración infatigable a la profesión y a la ciencia. Ellos han producido aquí las obras originales que, junto con acreditar la preparación que a cada uno distinguía en su especialidad, enaltecen la cultura del país que les dió acogida y estímulo. Ellos han contribuído a despertar en nuestra juventud las vocaciones para la carrera docente, carrera que por sí sola basta para llenar y ennoblecer la vida. Los nombres de Schneider, Johow, Hanssen, Steffen, Beutell, Tafelmacher, Lenz; y luego los de Pöenisch, Ziegler, Mann, Grantjot, Meyer, Oberhauser y otros, señalan el principio y el afianzamiento de un nuevo período en el desarrollo de nuestra educación, período en que los



elementos de las ciencias positivas se difunden eficazmente a lo largo de todo el país.

Al lado de esos hombres y bajo su inmediata dirección, fueron formándose las generaciones de profesionales chilenos, algunos de los cuales han venido más tarde a compartir o a continuar la labor de sus propios maestros, mientras muchos otros adquirían en la cátedra o en las letras el relieve que sólo proporciona una elevada y sólida cultura. Recordar ahora sus nombres sería exponerse a omisiones ingratas. Bástenos saber que en todas nuestras ciudades es el Profesor de Estado un elemento social de selección.

III

Tiene, pues, nuestro colegio una tradición larga y honrosa; y precisamente, porque la tiene nos impone cada día mayores esfuerzos y mayores responsabilidades. A pesar de que los hombres cambien, las instituciones de esta especie subsisten para perfeccionarse y para cumplir nuevos deberes. Los tiempos parecen conducirnos a una concepción más amplia y a la vez más rígida del magisterio. Desde que la educación ha venido a ser una función social del Estado y la más importante de sus funciones sociales, las personas llamadas a servir la toman a su cargo una misión excepcionalmente delicada. A más de impartir una instrucción gradual y completa sobre una muchachada en crecimiento,—que fué lo que de preferencia se les exigió antes,—deben tender ahora a despertar almas y caracteres, a descubrir vocaciones y a disciplinar volunta-

des, que es lo que se ha convenido en llamar **educación**. Deben tender asimismo a que esa educación sea integral y armónica, en sus aspectos físico y moral, y en sus aplicaciones a la vida cívica y práctica. Deben procurar, en fin, que ella se roce con los problemas y las necesidades nacionales, porque ya no es posible sostener una educación divorciada de la vida real, y porque la cultura misma irradia con tonalidades propias que se difunde.

¡Grave tarea, ciertamente! Los medios a nuestro alcance para realizarla son numerosos y variados. Y aquí estamos para apropiarnos de ellos y poder salir más tarde airoso de la prueba. Pero ¿cómo afrontarla con éxito, si nosotros mismos no empezamos por formarnos la concepción segura y la disciplina suficiente para la acción que nos espera? He ahí el mayor obstáculo que necesitáis vencer y la principal fuente de vuestras reflexiones, en este trabajo de preparación e iniciación.

No se trata ya de conocimientos y lecturas tales o cuales, de ejercicios de laboratorio o gabinete, ni de ensayos más o menos técnicos. Se trata de vuestro propio espíritu profesional, que supone el sacrificio de muchas aspiraciones legítimas, junto con la abnegación, la constancia y el cabal dominio de sí mismo, en horas de desaliento o de contrariedad; y sobre todo, llega la hora de pesar el más elevado concepto de esta especie de compromiso que contraeréis con la sociedad y con la patria, al encargaros de dirigir los pasos de una nueva generación.

La edad de la adolescencia, ilusionada, movable e insegura como el oleaje

del mar, es la edad sobre la cual actúa el profesor de la educación secundaria, edad propicia a los más generosos ideales, cuyo recuerdo acompaña a la vida con una persistencia rara vez quebrantable. Quien no tuvo un ideal de adolescente, quién no sintió vibrar en su conciencia la esperanza y la fé en algo superior a sí mismo, quién no se adormeció bajo el éxtasis de darse todo entero algún día a una causa noble carece del estímulo más eficaz para luchar con fuerzas propias en la juventud y en la edad adulta y para llegar a ser alguien en la sociedad a que pertenece. Por eso la sugestión de ideales es la más fundamental misión educadora. Debéis, pues, vosotros, jóvenes y niñas, meditar con calma y preferencia sobre ese aspecto, el más elevado de vuestra profesión futura.

Los ideales superiores no están en nosotros, ni siquiera en los libros; están en la realidad que nos rodea; fluyen del ambiente y del momento en que nos ha tocado vivir. Cada país y cada época tienen los suyos; y tienden a un perfeccionamiento social e individual, en relación con las necesidades y las instituciones existentes. Se abren como las flores que cuajan en frutos mediante la savia que surge de la tierra, y el calor y la luz que les envía el sol.

IV

Nos corresponde en consecuencia, observar y estudiar atentamente nuestro pueblo, el grado de evolución que ha conseguido, los caracteres propios de su raza, los problemas más graves que lo asedian y su aptitud probable para re-

solverlos en el presente o en el porvenir. Sólo de ese modo adquiriremos la conciencia de alguna perfección que cuadre a nuestra sociedad y a nuestro tiempo. No importa que ella se realice o no, hoy o mañana; todo ideal es una orientación de nuestra actividad y nuestra conducta, y cuanto más perfecto menos asequible; pero hacia él tendemos, como el viajero tras su sombra, siempre aproximándonos.

En último término, la educación se resuelve en una metódica formación de hábitos, dicen los tratadistas; pero también es un hábito el pensar justo y alto, en vista de una mayor eficiencia social. Y pocas cosas como ésta nos hacen más falta. Quien habla entre nosotros de un educador, habla a la vez de un civilizador; porque nuestro pueblo no salva todavía la etapa en que la cultura mecánica se transforma en orgánica, en que el hacer equivale al saber. Nuestra civilización de pueblo nuevo es apenas un reflejo de las viejas civilizaciones; algo posee de su brillo, pero muy poco de su fuerza. Asimila cuanto le viene, pero carece de potencia creadora.

Y es porque hemos extraviado el concepto del equilibrio entre los valores sociales. Hemos dado a la inteligencia más de lo que hubiese convenido; hemos descuidado el carácter, que es el distintivo del poder; y hemos desdeñado el empleo consciente del músculo, que es fuente de vitalidad y bienestar. Es así cómo somos todavía una nación pobre y perezosa, sobre un suelo cuajado de promesas.

Restablecer ese equilibrio, dando a cada facultad, a cada aptitud, a cada

función, el lugar y el mérito que les corresponden en el concierto de las actividades colectivas, llegará a ser sin duda la finalidad suprema de la nueva educación del país. Aún eso es un ideal, pero creo que caminamos hacia él. Difundirlo, impulsarlo, cooperar a su éxito, es obra del más sano patriotismo; porque sólo así conseguiremos que la cultura que asimilen las generaciones por venir trascienda en energía y poder realizador, se haga carne y nervio de su propia vida.

He ahí una aspiración que yo entrego a vuestro criterio reflexivo. No sólo

la inteligencia y el saber hacen la dicha humana; contribuyen mas a adquirirla el carácter y la voluntad; y siempre el la se nutre en el venero inagotable del músculo ejecutor. A medida que vayais abandonando esta casa y la responsabilidad del magisterio os preocupe, es posible que ese concepto reviva en vuestro espíritu; y ojalá que ello sea para bien de nuestra educación y del país. Así, además, continuareis honrando esta casa, que deberá ser vuestro orgullo, como lo es de cuantos en ella os hemos precedido.